



HISPANIA NOVA

Revista de Historia Contemporánea

<http://hispanianova.rediris.es>

SEPARATA

Nº 8 - Año 2008

E-mail: hispanianova@geo.uned.es

© HISPANIANOVA

ISSN: 1138-7319 - Depósito legal: M-9472-1998

Se podrá disponer libremente de los artículos y otros materiales contenidos en la revista solamente en el caso de que se usen con propósito educativo o científico y siempre y cuando sean citados correctamente. Queda expresamente penado por la ley cualquier aprovechamiento comercial.



■ **Daniel YÉPEZ PIEDRA:** *Las reacciones de la población local ante la presencia militar británica en la Guerra de la Independencia.*

RESUMEN

Este artículo ha analizado las reacciones que la llegada y presencia en sus localidades de los militares británicos durante el periodo de la Guerra de la Independencia (1808 – 1814) causaron en la población local española. Esta investigación inicialmente examinará las ideas previas respecto a España con las que llegaron a este país la percepción de la población de esos soldados como extranjeros. A continuación, el texto analizará las reacciones de esa población ante esas tropas y las relaciones que se establecieron. Prestará también atención al tema de los excesos cometidos por las tropas británicas y su influencia sobre esa población civil. Finalmente, la investigación concluirá mostrando como esas reacciones ante la presencia de estos militares extranjeros en sus localidades permitieron la descripción y análisis de la realidad española y de sus habitantes en un momento extraordinario cuando esa población intentaba mantener su vida cotidiana.

Palabras claves: Guerra de la Independencia, España, población civil, intervención británica, vida cotidiana en la guerra.

ABSTRACT

This article has analyzed the reactions that the arrival and presence of the British soldiers during the Peninsular War (1808 – 1814) caused in the Spanish local population. This research initially will examine the previous ideas about Spain with which these soldiers arrived to this country and the perception of the inhabitants of these soldiers as foreigners. Then, this text will analyze the reactions of this population in front of these troops and the relationships they established. It will also pay attention to the subject of the excesses committed by these British troops and their influence over the civil population. Finally, this research will conclude showing how these reactions allowed the description and analysis of the Spanish reality and their inhabitants in an extraordinary moment when this population tried to maintain their daily life.

Key words: Peninsular war, Spain, civil population, British intervention, daily life in a war moment.

LAS REACCIONES DE LA POBLACIÓN LOCAL ANTE LA PRESENCIA MILITAR BRITÁNICA EN LA GUERRA DE LA INDEPENDENCIA.

Daniel YÉPEZ PIEDRA

Universitat Autònoma de Barcelona

danielyopezpiepra@yahoo.es

El presente texto tiene como objetivo acercarse a la visión de los militares británicos, que lucharon en la Guerra de la Independencia española respecto a la población civil española y sus reacciones ante su presencia en sus localidades. La participación británica en esa guerra peninsular permitió el establecimiento de unas relaciones prolongadas en el tiempo con esa población e influyeron en los comentarios británicos sobre esa realidad y sobre esos habitantes. A pesar del momento extraordinario en que se produjeron, esos contactos contribuyeron a la formación de la imagen de España que esos militares británicos adquirieron y también participaron en su popularización y extensión en el seno de la sociedad británica.

1. LAS IMÁGENES DE LOS ESPAÑOLES

En 1808 España era un país mal conocido en Gran Bretaña, ya que predominaban las imágenes heredadas de etapas anteriores y visiones poco contrastadas con la realidad del momento, aunque toda una serie de viajeros de la segunda mitad del siglo XVIII ayudaron a matizar esa percepción. Estos viajeros publicaron una serie de relatos, algunos en forma epistolar, que tuvieron una notable circulación entre las clases letradas británicas, aunque no acabó de cambiar por completo la imagen a nivel popular. Muchas de estas ideas preconcebidas estaban presentes en las mentes de aquellos británicos que pisaron suelo español a lo largo del periodo de la Guerra de la Independencia.

Cuando todos estos británicos comenzaron a reproducir la realidad española de ese momento extraordinario que era la guerra en sus cartas, memorias y otro tipo

de relatos, estaban en su mente unas ideas preconcebidas y prejuiciosas respecto a los españoles. Al fin y al cabo, se juntaron toda una serie de estereotipos y tópicos acerca de los españoles con ese sentimiento de superioridad que los británicos sentían en aquellos momentos hacia todos aquellos otros pueblos, europeos o no, en especial, aquellos pueblos periféricos como los españoles.

De este modo, Mónica Bolufer ha señalado que los ilustrados franceses cultivaron la imagen de un país periférico, atrasado, y alejado de los centros culturales europeos. Por otra parte, los viajeros británicos se acercaron al país y ayudaron a divulgar una imagen más actualizada que rompiese con la imagen fosilizada del Barroco, aun predominante en Europa. Habían abierto sus miradas hacia otras regiones y en ese juego encajaba tanto España como el resto del Mediterráneo y las áreas orientales y nórdicas europeas, ampliando así el área por los que habían discurrido los típicos viajes del *Grand Tour*¹.

Esa nueva mirada no dejó, sin embargo, de fijar su mirada en el retraso y la decadencia del país. En esa imagen refinada se mantenían las acusaciones de pereza, y superstición, y no dudaron en señalar que eran las consecuencias de la actuación de un rey absoluto, una nobleza absentista y una Iglesia movida por la codicia y que mantenía el país en el oscurantismo. A la vez, liberaban al pueblo de cualquier culpa por estos problemas. El último cambio previo a la guerra fue el desarrollo de una sensibilidad prerromántica que comenzó a fijarse más en los paisajes y en los hechos cotidianos que en los temas que habían sido cultivados por la literatura ilustrada anterior.

Esa literatura, por lo tanto, no acabó de desterrar una serie de ideas prejuiciosas acerca de la imagen de España, muchas de las cuales estaban presentes en las mentes de esos militares cuando por primera vez pisaron suelo español 1808. Algunos de estos militares, principalmente oficiales, podían conocer las aportaciones de la literatura ilustrada, pero fueron más comunes la permanencia de esas ideas previas heredadas de tiempos anteriores. Por supuesto, en primer lugar, estaba la imagen de la denominada Leyenda Negra, que hacía referencia a ese oscurantismo antes mencionado, y también a la crueldad y a la intolerancia religiosa.

Otras ideas previas eran de dimensión histórica o literaria, pero no podían escapar de esta doble imagen de país retrasado, oscuro, pero también exótico y poderosamente atrayente. Entre estas ideas, tuvieron un papel relevante las referencias históricas (como el pasado musulmán, o la España del Siglo del Oro) o literarias (imágenes quijotescas, la España descrita en las novelas de Gil Blas). Además, en muchas ocasiones estas referencias se cruzaban. Por ejemplo, algunos de los visitantes de ese periodo habían leído los libros de viaje escritos por los viajeros

¹ Mónica BOLUFER PERUGA, "Civilización, costumbres y política en la literatura de viajes a España en el siglo XVIII," en *Estudis. Revista de Historia Moderna*, nº29, 2003, pp. 256 – 261.

británicos. En esos libros existía un gran interés arqueológico por los restos del pasado, especialmente romanos y medievales, y quienes visitaron y residieron en el país durante la guerra usaron esas referencias históricas o literarias porque conocían su existencia o porque simplemente observaban la realidad que había ante sus ojos.

Las imágenes heredadas de las lecturas del Quijote o de las obras del siglo de Oro, e incluso de las novelas de Gil Blas, parecían que eran inmutables en el tiempo aunque esos libros de viaje habían aportado nuevos argumentos para enriquecer la imagen de España. El recuerdo del pasado musulmán fue, por su lado, una referencia de uso creciente, incluso asistimos a los primeros casos de abuso al querer encontrar rastros de esa presencia en la España septentrional aunque no tenían fundamento histórico.² Ese uso creciente continuó una vez acabada la guerra porque fue el fundamento de la imagen de España como un país orientalizante, que el romanticismo cultivó. Incluso algunos militares creyeron estar en la India, sobre todo, aquellos militares que habían tenido una experiencia previa militar en aquel lugar del mundo y que mezclaban sus recuerdos con la imagen real.

Esa nueva imagen no fue la predominante, porque convivió con los estereotipos matizados de las imágenes de la Leyenda Negra y con esas otras referencias previas. Pero se sentaron las bases del tópico, igual que ocurrió con la identificación de Andalucía con el conjunto español. Aunque muchos de los militares transitaron por otras regiones y percibieron una variedad de caracteres que les dificultaba construir una imagen única de los españoles, aquellos que pisaron suelo andaluz realizaron esa equiparación. Como nos ha recordado Enric Ucelay da Cal, esta confusión de la parte andaluza con el todo español se produjo tanto en la imagen exterior como en la imagen que tenían los españoles de sí mismos. Esos militares participaron de esa equiparación y los propios españoles cultivaron la imagen de un carácter voluntariamente exótico. Finalmente, esa imagen llegó a los lectores con la publicación paulatina de relatos de viajes o memorias de militares franceses y británicos, continuada por los libros de viajeros de las décadas posteriores.³

La guerra, por lo tanto, iba a ser aprovechada para confirmar o matizar esas ideas previas. A la vez, iban a utilizar su propia experiencia con la población local para enriquecer la visión de España y transmitirla a sus potenciales interlocutores. Entonces la guerra iba a suponer la multiplicación de las voces que podían ayudar a construir

² James Wilmot ORMSBY, *An Account of the Operations of the British Army, and of the State and Sentiments of the People of Portugal and Spain, during the Campaigns of the Years 1808 and 1809*. Londres, James Carpenter, 1809, Vol. II, pp. 146 – 147. Este médico militar ejemplifica, con sus comentarios sobre el supuesto origen musulmán de las murallas de Lugo y de algunas otras construcciones, el abuso de esa referencia.

³ Enric UCELAY DA-CAL, “La imagen internacional de España en el periodo de entreguerras: reminiscencias, estereotipos, dramatización neorromántica y sus consecuencias historiográficas,” en *Spagna Contemporanea*, nº15, 1999, pp. 29 – 31 y 36.

esas nuevas imágenes de España, aunque ese cambio no fue automático, sino paulatino, una vez que esos militares, junto a los civiles que también viajaron o trabajaron en esa Monarquía ibérica, asumieran su experiencia personal y la expusieran al resto de la sociedad británica.

Todas estas opiniones y comentarios fueron bien recibidos por esa sensibilidad prerromántica y ayudaron a conformar unas nuevas imágenes de España en Gran Bretaña, cercana a esa la imagen romántica de un país exótico en el cual es posible vivir un romance literario.⁴ En esas siguientes décadas se comenzó a cultivar esa otra imagen que insistía en la exaltación de su carácter pintoresco, un enfoque que incluía una dosis de nostalgia por los tiempos en que la industrialización no había producido las nocivas consecuencias que encontraban en sus respectivas sociedades. Todos estos elementos, anteriores y los nuevos, redundarían para crear una imagen compleja, y nada monolítica de España, y que aquí trataremos a partir de las reacciones de la población local ante la presencia militar británica.

2. LA PRESENCIA DE EXTRANJEROS EN UN MOMENTO BÉLICO

La presencia de extranjeros en la España en las últimas décadas del siglo XVIII no era una novedad, aunque su penetración territorial era limitada, si exceptuamos los intentos de colonias alemanas en Sierra Morena. Podemos señalar la presencia de los comerciantes extranjeros en las ciudades marítimas o los casos de las familias irlandesas que emigraron a lo largo del siglo XVIII y que se integraron en las redes sociales españolas. Pero era una población que había decidido instalarse allí, mientras que los viajeros estaban sólo de paso. Estos eran considerados como extraños por la población local, pero su presencia no causó mayores problemas.

Como en muchos otros aspectos, la guerra supuso un cambio porque hubo un súbito aumento de extranjeros en los territorios peninsulares de la Monarquía. En esos momentos la guerra había excitado los ánimos populares y permitido el rechazo contra cualquier elemento extraño que alterase su comunidad. Respecto a las comunidades ya residentes, algunas colonias francesas, como la de la ciudad de Valencia, habían recibido duros ataques al estallar la revolución, pero el resto de comunidades habían continuado con su vida sin grandes alteraciones.

Entre esos nuevos extraños, encontramos a todo el contingente militar británico. Esos soldados eran unos extraños para la población, y eran conscientes de ello, como lo señalan al afirmar que en determinadas poblaciones era la primera vez

⁴ Diego SAGLIA, *Poetic Castles. British Romanticism and Figurations of Iberia*, Amsterdam – Atlanta, Internationale Forschungen zur Allgemeinen und Vergleichenden Literaturwissenschaft, Editions Rodopi, 2000, pp. 43 – 56.

que pisaban sus calles los militares británicos, mientras que en los años anteriores las tropas napoleónicas sí habían actuado en esos territorios.

En 1812, por ejemplo, el regimiento del alférez George R. Bell avanzaba junto a otros regimientos aliados por el campo manchego hacia la ciudad de Toledo. Se sorprendió que ellos fuesen las primeras tropas británicas que habían pasado por esas localidades. Por su parte, J. Leach fue otro militar quien tuvo unas sensaciones militares en el campo navarro en el final de la campaña de 1813. Él y sus compañeros eran las primeras tropas británicas que llegaban a esas pequeñas poblaciones.⁵

Había tal desconocimiento que hubo varios casos de confusión de tropas británicas por soldados imperiales, tal como también le pasó a los viajeros civiles por las desconfianzas de la población local ante los extraños. A inicios de la guerra, las tropas de Moore fueron confundidas con tropas españolas o en pueblos no sabían si se trataban de tropas aliadas o enemigas. El oficial de inteligencia Edward Charles Cocks, por su parte, explicó una anécdota ocurrida en la primavera de 1809 mientras reconocía el camino que iba de Granada a tierras extremeñas para reunirse finalmente con el general Cuesta en sus cuarteles generales situados en la localidad de Monasterio. Escogió la ruta de Archidona y Écija. Pasada esta segunda localidad, continuó su camino hacia Constantina, pero en una población cercana fue detenido bajo la acusación de ser un espía francés. Aunque fue liberado finalmente, Cocks comentó que el magistrado local había tomado unas prevenciones muy exigentes ya que al inicio de la guerra otro extranjero, seguramente otro espía, había pasado por esa localidad. Cuando llegó a Constantina, la reacción de su población fue totalmente contraria, al agasajarlo nada más saber que se trataba de un oficial británico.⁶

Estos contactos fueron a la vez continuados y excepcionales por el momento histórico en que se producían. Hubo diferencias entre las grandes ciudades o los puertos, acostumbrados a la presencia de comerciantes y viajeros extranjeros. Allí los oficiales se movieron en los círculos sociales similares a los de sus lugares de procedencia, siendo invitado en muchas reuniones sociales y casas particulares. Pero esos tratamientos de deferencia también los tuvieron en poblaciones más pequeñas, menos acostumbradas a la presencia foránea.

Cádiz supuso un caso aparte, porque esperaban que su carácter comercial predispusiese una población más abierta a su presencia, pero ese caso se complicó

⁵ George R. BELL, *Rough Notes by an Old Soldier, during fifty year's service, from ensign G. B. to Major-General*, C. B. Londres, Day and Son, 1867, p. 59. J. LEACH, *Rough Sketches of the Life of an old Soldier*, Londres, Rees, Orme, Brown, and Green, 1831, p. 328

⁶ "From Edward Ch. Cocks to captain John Sommers Cocks, Monasterio, 29th April 1809," en Julia V. PAGE, *Intelligence Officer in the Peninsula. Letters and Diaries of Major the Hon. Edward Charles Cocks, 1786-1812*, Tunbridge, The Spellmount Library of Military History, y Nueva York, Hippocrene Books, 1986, p. 24.

cuando la ciudad se convirtió en la capital de los patriotas y fue sitiada por las tropas napoleónicas. Aunque inicialmente las tropas británicas que llegaron en su auxilio fueron bien recibidas, soterrando cualquier sentimiento antibritánico, su presencia se convirtió en otra pieza del juego político patriota. Pasadas las semanas, los militares británicos vieron cómo los españoles expresaron abiertamente sus reticencias y se generó una desconfianza que desembocó en unas relaciones tensas. Avanzada la guerra, esos militares percibieron que no era un sentimiento exclusivamente gaditano, aunque fuera de sus murallas sólo se evidenció en momentos determinados como cuando estalló toda la polémica alrededor del sitio de la ciudad de San Sebastián.

Los británicos se sintieron incómodos con ese carácter intrigante y desconfiado porque se convertían ellos ahora en el objeto de sus insinuaciones y rumores, como si el ambiente palaciego se reprodujese a pequeña escala en todas las ciudades españolas. Las intrigas cobraron más relieve por el eco de la prensa y la publicística que se había desarrollado en el contexto de la guerra. Desde la aprobación del decreto de libertad de imprenta, hubo una profusión de diarios, sermones, panfletos y otros tipos de publicaciones que llegaron a toda la sociedad, fuese letrada o analfabeta.

A pesar de esas tensiones, y del resentimiento por ser antiguos enemigos, fuera de Cádiz, los militares mantuvieron con el resto de la sociedad un contacto más fluido, al necesitar apoyarse en ella para su sustento y el buen desarrollo de la campaña.⁷ Los oficiales se encargaron de recabar a la población civil hospedajes o suministros y apoyaron los intentos de acercar ambos mundos, mediante bailes o reuniones sociales de todo tipo,⁸ y de integrar a españoles en el conjunto de las tropas angloportuguesas en calidad de soldados o arrieros.

Estos contactos provocaron reacciones en las comunidades locales, pues eran un elemento extraño que alteraba su vida cotidiana y perturbaba su equilibrio, ya cambiado por la propia dinámica bélica. La presencia de un regimiento extranjero acuartelado, la llegada de un navío a un puerto o que en los cuarteles de invierno quedasen instalados un par de ocasiones en el área fronteriza de Ciudad Rodrigo eran ejemplos de esa alteración y momentos en que se producían estas relaciones, en las que se buscaba la complicidad de la población local.⁹

⁷ Un primer acercamiento para las relaciones sociales con la población local en Anthony BRETT-JAMES, *Life in Wellington's Army*, Londres, George Allen and Unwin, 1972.

⁸ George R. BELL, *op. cit.*, p. 55, que explicó el baile que la ciudad de Toledo dio en honor de las tropas británicas, y a J. LEACH, *op. cit.*, pp. 298 – 299, en que ese coronel nos recordaba las diversiones en los cuarteles de invierno tras la campaña de 1812.

⁹ En concreto ocurrió a finales de la campaña de 1811 y a finales de la de 1812. Podemos aportar un ejemplo para el final de la campaña de 1811: Ian FLETCHER (ed.), *Adventures in the Rifle Brigade in the Peninsula, France and the Netherlands from 1809-1815 by Captain John Kincaid*, Staplehurst, The Spellmount Library of Military History, 1998, p. 94.

Esa población local no mostró unas claras actitudes xenófobas ante la presencia de las tropas británicas. Hubo precauciones, y se repitieron las acusaciones de herejes y mal cristianos que enfadaron a los británicos, muestras de la intolerancia religiosas española, mientras que los británicos no tenían en cuenta sus propios prejuicios hacia las formas religiosas españolas al tacharlas de pura superstición. Inicialmente, no fueron víctimas ni del odio irracional contra los franceses ni de un sentimiento despectivo que tuvieron los españoles hacia los portugueses.

Los observadores británicos hablaron de estos sentimientos de desconfianza de los españoles, especialmente cuando se dirigían contra militares que estaban luchando por su liberación del control napoleónico. Sir John Burgoyne, por ejemplo, concluía que era el orgullo lo que les hacía rechazar a los extranjeros y ver a sus propios compatriotas con ojos demasiado condescendientes:

*“They appear to detest foreigners, and their pride makes them affect to despise them. They will stand gaping and appear delighted at the sight of some miserable armed ragamuffins of their own nation, who, with their heads up in the air, are treading on each others’ heels, while they will see a battalion of English Guards pass, without deigning to cast their eyes upon them.”*¹⁰

Todos estos sentimientos podían estar en las mentes de esa población que un día veía en el horizonte cómo se acercaba su tranquilo pueblo un regimiento o toda una división británica. Sentimientos religiosos, de rechazo al extranjero, de tensión ante la guerra, y su propia consciencia orgullosa de superioridad influirán en las reacciones que trataremos a continuación.

3. LAS ACTITUDES DE LA POBLACIÓN LOCAL

Estudiar las actitudes de la población local española ante la llegada de las tropas británicas es un tema que tiene más potencialidades de las que parece a primera vista. Su llegada provocaba la existencia de un elemento extraño en su comunidad, y dependiendo de cada momento bélico, esto generó reacciones diversas. Estas reacciones fueron entendidas por el propio momento bélico, o por el contrario, que quiso entender eran una muestra del carácter español. En algunas ocasiones, un recibimiento distante, o la falta de colaboración por parte de la población, se quiso atribuir al carácter orgulloso, de los españoles. En otras ocasiones se hizo por una actitud desagradecida, que en otras poblaciones era vista como no generalizada al encontrarse una población más dispuesta a colaborar. Además, intervenía el tema de

¹⁰ George WROTTESELEY, (ed.), *Life and Correspondence of Field Marshall Sir John Burgoyne*, Londres, Richard Bentley, 1873, Vol. I. p. 59.

ser extranjeros en una tierras poco acostumbrada a ellos y por sentimientos patrióticos o religiosos, podía aparecer un componente xenófobo, o quizás, la intención de algunas personas de limitar las relaciones entre los dos pueblos.

Sabemos que los militares británicos dejaron por escrito su impresión de las reacciones de la población local ante su llegada desde un principio. Sus opiniones tenían aún más valor cuando en unas pocas semanas en 1808 habían pasado de ser el enemigo de los meses anteriores a ser el aliado y a convertirse en objeto de curiosidad y agasajo. Estas fueron las sensaciones que tuvo de forma repetida el almirante Lord Cochrane en esas primeras semanas de 1808 al entrar en contacto con algunas ciudades mediterráneas como Cartagena o Palma de Mallorca.¹¹

Estas reacciones tuvieron un carácter cambiante debido al tipo de relaciones que se estableció entre ambos grupos, lo que nos permite señalar su complejidad y alejarnos de gradaciones simplistas de reacciones positivas y negativas. La influencia de la guerra fue decisiva porque en días se podía pasar del mayor entusiasmo por la presencia de unas tropas que habían ido allí a auxiliarles frente a un poderoso enemigo al mayor rechazo por algunas actitudes de los soldados hacia esa población o por una excesiva desconfianza de la población española hacia esa presencia.

Las bases de esas reacciones se pusieron en la campaña de La Coruña, ya que en esas semanas se manifestaron todas las actitudes posibles, pues hubo problemas con la población local, ya fuese en forma de saqueos o de negativa de esa población a colaborar con las tropas. Lo sucedido entonces tuvo consecuencias al regresar estos soldados a Gran Bretaña, porque fundamentaron el enfriamiento del apoyo a los españoles.

El impacto sobre la opinión pública británica predispuso además para el resto de la guerra a los militares, muchos de los cuales habían vivido en primera persona este rápido cambio de actitud. La dualidad salió a relucir en ocasiones posteriores, como en la retirada de la campaña de 1812, aunque en estos momentos los militares británicos fueron más benevolentes, reconociendo la situación problemática en que quedaba la población española con su marcha.

Desde un principio los británicos bascularon entre la ilusión que mostraban por los españoles, a veces confirmada, y la decepción que les provocaba determinadas actitudes españolas frente a su presencia o a sus peticiones de ayuda. En cuestión de días o semanas, estos militares pasaban de sentirse cercanos a los españoles a sentirse engañados y decepcionados, aunque renovaban su confianza en la población local si volvían a encontrar una cordialidad que facilitase la colaboración mutua.

¹¹Richard WOODMAN, (ed.); *The Autobiography of a Seaman by Admiral Lord Cochrane*, Londres, Chatman Publishing, 2000, pp. 142 – 144.

Los militares británicos deseaban unas relaciones fluidas y constantes con esa población porque creían que dependían mutuamente, y por eso, esperaban una colaboración estrecha o al menos que su presencia en una localidad o comarca no resultase problemática. Deseaban, además, ser recibidos con toda la cordialidad y amabilidad con la que se trata a unos amigos que representan un apoyo decisivo a la causa conjunta.

Los momentos que impactaron más favorablemente fueron los episodios de entusiasmo popular en ocasiones relevantes, tales como el propio inicio de la guerra o la entrada en ciudades importantes en las campañas de 1812 y 1813. Fueron momentos excepcionales, reflejados con detalle porque recompensaban los esfuerzos que estaban realizando.

El mejor ejemplo fue la liberación de Madrid en agosto de 1812. Muchos militares describieron la entrada en la ciudad y el recibimiento cálido y triunfal que les dispensó su población. La gran mayoría de relatos explican cómo la población madrileña salió fuera de las murallas a recibir las tropas de Wellington. Allí ya se produjeron las primeras escenas de entusiasmo, que se reprodujeron en el interior de la ciudad. Nos quedaremos, por ejemplo, con las palabras de E. Cocks a su madre:

*“Our arrival produced a joy far beyond description; indeed, anyone accustomed to the cold manners of England can scarcely conceive what on such an occasion a character as lively as the Spaniards is capable of doing. I was never kissed by so many pretty girls in a day in all my life, or ever expect to be again. If we moved on horse back the animals were embraced and pulled one away and we were hauled and caressed the other. On foot it was impossible to make your way, this ebullition of enthusiasm was kept up until dark although the Earl did not remain in town but returned to Arevaca.”*¹²

También las tropas de Hill que aseguraron las posiciones sobre el Tajo se encontraron con una acogida cordial en Toledo. Fue una recepción más formal, al ser recibidos por el gobernador de esa plaza, los principales miembros de las familias aristocráticas de la ciudad y el líder guerrillero Juan Palarea, el Médico. Los soldados se vieron desbordados por un mar de vivas a los monarcas de ambos países y a Wellington y a Hill, y por los pañuelos movidos al unísono por las mujeres.¹³

Imágenes similares, con reacciones igualmente apasionadas, las observaron las tropas británicas del coronel J. B. Skerrett que participaron en la liberación de Sevilla tras el levantamiento del sitio de Cádiz y el abandono imperial de las tierras

¹² “From Edward Ch. Cocks to Miss Margaret Maria Cocks, Madrid, 16 August 1812,” en Julia V. PAGE, *op. cit.*, p. 191.

¹³ ANÓNIMO; *Letters from Portugal, Spain, and France, during the memorable campaigns of 1811, 1812 and 1813, and from Belgium and France in the year 1815.* By a British Officer, Londres, G. Underwood, 1819, pp. 107 – 108.

andaluzas. Un militar llamado Hugh Gough formó parte de las tropas que entraron en la ciudad, donde todas las campanas empezaron a repicar y con la población en las calles, viéndoles entrar y abrazándoles, rompiendo así la disciplina de las tropas.¹⁴

En cambio, G. Hennell, que esperaba un recibimiento similar cuando entró con las tropas de Wellington en la ciudad de Palencia en junio de 1813, se encontró con una acogida más contenida: mientras las mujeres, incluidas las hermanas de los conventos, mostraban abiertamente su alegría, los hombres de la ciudad eran más fríos. Para Hennell semejante comportamiento era estúpido:

*"The streets were crowded to receive us with real demonstration of joy. Their vivas were loud and general, particularly amongst the women, and the men, who seemed possessed of distinct ideas, bowed and said 'viva', but half of them remained wrapped up in their cloaks, too stupid to show any symptom of either surprise or pleasure."*¹⁵

Otros soldados no se percataron de estas sutiles diferencias a lo largo de la campaña y señalaron, como hizo John Kincaid, que en cada localidad se les recibía de forma cálida.¹⁶ Por otra parte, en numerosas ocasiones los sentimientos exaltados iban acompañados del asombro de la población que nunca había visto tropas británicas. Eran unas reacciones parecidas a las que tuvieron lugar con el desembarco de los primeros marineros británicos en Cádiz en 1808. Lo mismo ocurrió en 1812 cuando se abrió el frente mediterráneo, quizás no en las poblaciones costeras acostumbradas a la presencia los navíos de la flota británicas, pero sí en las poblaciones del interior, como percibió el teniente Robert Woolcombe al entrar en Elda en agosto de ese año:

"About seven o'clock the whole were again moving forward, about ten at night arrived at the village of Elda, the inhabitants of which place, never before having seen the English, were much delighted and the army entered

¹⁴ Robert Sangster RAIT, *The Life and Campaigns of Hugh, first Viscount Gough, Field-Marshal*, 2 Vol., Londres, Archibald Constable & Co, London, 1903, Vol. I, p. 100. Las tropas de Skerrett avanzaron hasta Madrid para integrarse finalmente en el conjunto de las tropas de Wellington.

¹⁵ "From G. Hennell to his brothers, Camp near Tamara, 4 ½ leagues on the road from Palencia to Burgos, 9th June 1813," en Michael GLOVER (ed.); *A gentleman Volunteer. The Letters of George Hennell from the Peninsular War*, Londres, Heinemann, p. 74.

¹⁶ Nos quedamos con las palabras de ese capitán a su paso por diferentes poblaciones castellanas: "We were welcomed into every town or village through which we passed by the peasant girls, who were in the habit of meeting us with garlands of flowers and dancing before us in a peculiar style of their own..." En Ian FLETCHER, op. cit, p. 208.

*the town amidst the acclamation of all ranks, and again the troops were ordered to move through the town and take up a position on the other side.*¹⁷

Los soldados pudieron dudar inicialmente de la sinceridad del recibimiento, de la unanimidad de la población y del carácter festivo que acompañó su entrada a las diversas localidades, pero sus dudas se disiparon en las semanas siguientes, hasta tal punto que su marcha afectó emocionalmente a las gentes del lugar, como se pudo comprobar al final de la campaña de 1812. John Leach fue uno de esos militares que lamentaron abandonar a la población madrileña ante el avance de las tropas napoleónicas y las posibles repercusiones que podía tener ese regreso. Recordaba además la entrada que dispensaron tres meses antes a las tropas británicas, que se podía convertir en el motivo de esas acciones contra esa población.¹⁸

Sin embargo, la experiencia de las diferentes campañas les llevó a ser más cautos y realistas en sus actitudes respecto a los españoles y hacia lo que esperaban de ellos. Pensaban que tendrían que ser autosuficientes, sin rechazar la ayuda, tanto material como humana, que podían prestarles, especialmente la que facilitase sus movimientos bélicos. Tales condicionantes, que mostraban el carácter relativo de su suficiencia, les ayudaban a estar preparados ante una posible falta de colaboración española, para evitar que este supuesto les provocase mayores pérdidas.

En otras ocasiones, los españoles sorprendían a los británicos con reacciones desinteresadas hacia sus tropas, siempre en momentos de avance, mientras las quejas aparecían en los momentos de retirada, cuando más se necesitaba la ayuda española. La campaña de 1812 es un ejemplo de estos cambios en las relaciones entre ambas partes.

Tras la batalla de Salamanca, cuya población fue testigo de los combates desde sus atalayas privilegiadas, sus habitantes no dudaron en acercarse al campo de batalla, en llevar comida, atender a los heridos y transportarlos a la ciudad. Esa reacción no estaba prevista por los soldados, y muchos de ellos recogieron su agradecimiento a esos habitantes por el trato hospitalario tras la batalla. Entre otros muchos, W. Grattan fue testigo de su actuación:

“The inhabitants of Salamanca, who had a clear view of what was passing, hastened to the spot, to afford all the relief in their power. Several cars, most of them loaded with provisions, reached the field of battle before morning; and it is but due to those people to state that their attentions were

¹⁷ Stephen G. P. WARD, (ed.). “The diary of Lieutenant Robert Woolcombe, R.A., 1812-13,” en *Journal of the Society for Army Historical Research*, Vol. 52, 1974, p. 168.

¹⁸ J. LEACH, op. cit, pp. 287 – 288.

*unremitting, and of the most disinterred kind, for they sought no emolument.*¹⁹

También el oficial del comisariato, John E. Daniel recogió la amabilidad de unas gentes que ya habían sufrido mucho durante la guerra.²⁰ Por su parte, el alférez John Aitchison anotaba en su diario idénticas escenas, yendo más allá en su agradecimiento por todo el apoyo dado tras la batalla, y no dudó que de seguirse este ejemplo en otros lugares acabarían las fricciones entre las dos partes.²¹ Los soldados, no obstante, estaban más acostumbrados a las reacciones que vivieron en los momentos de retirada que siguieron al fracaso del sitio de Burgos. Fueron unos momentos en que se desarrolló un repliegue precipitado que movilizó a gran cantidad de soldados, incluyendo a los heridos, lo que puso de manifiesto los crónicos problemas de transporte. Estas carencias y la limitada predisposición de las autoridades locales provocaron opiniones dispares entre los comentaristas británicos.

Por un lado, Daniel señaló a finales de octubre de 1812 que esa retirada precipitada causó dificultades a las autoridades vallisoletanas para poder aportar los medios de transporte pedidos, pero que existía una buena disponibilidad a ceder todos los medios posibles y por ello se confiaba lograr el traslado de los soldados heridos y enfermos. Incluso Wellington planteó una acción para frenar el avance napoleónico y asegurar el cruce de esos transportes hacia las cercanías de Salamanca.²² A pesar de esas buenas intenciones, reaparecieron las quejas sobre la falta de colaboración de los españoles, que se añadía a las condiciones precarias y a los malos caminos en que se estaba produciendo esa retirada.

La campaña también evidenció que seguiría existiendo un cierto grado de dependencia en los españoles, quienes estarían dispuestos a asumir ese compromiso, facilitando las relaciones con los militares británicos. Los oficiales de inteligencia, por ejemplo, valoraron especialmente la información vital que la población local enviaba aun a riesgo de sus vidas debido a la proximidad de los franceses. El apoyo de estos habitantes fue indiscutible. Hubo correspondientes en las zonas ocupadas que

¹⁹ William GRATTAN, *Adventures of the Connaught Rangers*, Londres, Napoleonic Library, Greenhill Books, 1989, p. 257.

²⁰ John E. DANIEL, *Journal of an Officer in the Commissariat Department of the Army; comprising a narrative of the campaigning under his grace The Duke of Wellington in Portugal, Spain, France and the Netherlands, in the years 1811, 1812, 1813, 1814 and 1815*, Londres, Porter and King, 1820, p. 140.

²¹ W. F. K. THOMPSON (ed.), *An Ensign in the Peninsular War. The Letters of John Aitchison*, Londres, Michael Joseph, 1994, pp. 177 – 178.

²² *Ibidem*, pp. 174 – 175.

informaban a los oficiales británicos de los movimientos de los franceses, identificando los regimientos y el número de soldados.²³

En todo este juego de espías hubo casos excepcionales como uno ocurrido en la Salamanca ocupada pero vigilada de cerca por las tropas británicas. Nos estamos refiriendo a un episodio en el que los españoles jugaron el papel de intermediarios ya que el informante directo era un prisionero británico, aunque hacía llegar la información de forma indirecta. Sir James Mcgrigor, el jefe de los servicios médicos de los cuarteles generales, nos ayuda a explicar lo sucedido.

En aquella ciudad controlada por el mariscal Marmont, estaba prisionero un oficial cercano a su familia, el coronel Colquhoun Grant, autor de informes apoyados en la población civil, que había sido hecho prisionero y conducido a Salamanca. Allí fue asistido por el Doctor Patrick Curtis, el antiguo rector del Colegio de los Irlandeses de la Universidad de Salamanca. Se escudó en su condición religiosa para visitar al prisionero, pero el mariscal lo vigiló muy de cerca, aduciendo que el prisionero era escocés y él irlandés. A pesar de las restricciones que impuso el mariscal francés, el coronel pudo pasar informaciones a sus cuarteles generales a través de un sistema que Mcgrigor creía que ese clérigo irlandés había ideado. El sistema era el siguiente:

“Even at this time, in Salamanca, Colonel Grant continued to convey much valuable information to Lord Wellington and in this manner. Whenever the weather was favourable, he was permitted to walk out. On such occasions, some of the Spanish peasants, who had long been employed by him, got near to him and he put into their hands, in small twisted pieces of paper, such information as he had collected, and they, as Lord Wellington afterwards informed me, carried these to headquarters where they always received handsome rewards.”²⁴

Fue un sistema excepcional pero funcionó durante varios meses, al menos hasta que Grant fue conducido escoltado a territorio francés. Esos informes fueron bien valorados en los cuarteles generales británicos y apoyados en la correspondencia sustraída por las acciones de Julián Sánchez.

Frente a casos como éste, hubo otros de menor implicación, incluso de frialdad. Los recibimientos fríos dejaban descolocados a los militares británicos, a quienes se les había contado que el pueblo estaba movilizado y dispuesto a luchar, con la ayuda británica. Los momentos más difíciles los pasaron durante las retiradas, cuando

²³ John S. HYDEN, “The Sources, organization and uses of intelligence in the Anglo-Portuguese Army, 1808 - 1814,” *Journal of the Society for Army Historical Research*, Vol. 62, 1984, pp. 92 – 104 y 169 – 175. También en Michael GLOVER; *Wellington’s Army in the Peninsula, 1808 – 1814*, Londres, David and Charles, 1977, pp. 139 – 141.

²⁴ Mary MCGRIGOR, *Sir James McGrigor. The Scalpel and the Sword: The Autobiography of the Father of Army Medicine*, Dalkeith, Scottish Cultural Press, 2000, p. 191.

encontraron una población muy poco dispuesta a colaborar y unas autoridades que no atendían sus necesidades.

La retirada que por su trascendencia e impacto sobre los soldados y la opinión pública británica dejó un mayor rastro en los testimonios escritos fue la que por tierras leonesas y gallegas condujo a La Coruña en las semanas de final de otoño e inicios del invierno de 1808 y 1809.²⁵ Con algunos momentos excepcionales los militares británicos elevaron el tono de sus quejas contra los españoles y, sin matización alguna, señalaron que se sintieron muy decepcionados, incluso traicionados, por la actitud de los españoles.²⁶

Justamente esos hechos nos remiten al tema de los excesos que cometieron los británicos durante los hechos bélicos, o inmediatamente tras ellos, o en los momentos de retirada. La población local iba a desconfiar de esos militares en esos momentos de saqueos y pillajes, igual como les sucedió con las tropas napoleónicas o con las tropas españolas. Esa desconfianza iba a provocar esas reacciones hostiles a la presencia de los militares británicos, que se iba a traducir en todo tipo de tensiones o por el contrario, la propia evolución de la guerra, iba a permitir soterrar esos sentimientos, como hemos visto anteriormente. Para no alargar este capítulo, he decidido tratar por separada este espinoso tema de los excesos de los militares británicos y sus efectos sobre la población local y las reacciones que conllevó.

4. LOS EXCESOS DE LOS BRITÁNICOS

La llegada de un soldado extranjero a una localidad cualquiera en pleno contexto bélico suponía una alteración de la vida cotidiana de esa población. Dependía si ya había sufrido saqueos, contribuciones extraordinarias u otras consecuencias materiales para influir en sus reacciones ante esa presencia extraña. El caso de la población castellana, leonesa y gallega, en esa primera campaña en suelo español, añadieron otro problema ya que se encontraron con un gran contingente militar en pleno de un invierno muy crudo al que no podían acabar de sostener.

En esas condiciones se produjo la retirada de la campaña de la Coruña en el invierno de 1808. Los militares que consiguieron cruzar sanos los pasos de las montañas que separaban Galicia de León, mantenían en sus retinas las imágenes de sus compañeros y acompañantes sufriendo las penalidades del camino o de la falta de

²⁵ Encontramos una aproximación en Arsenio GARCÍA FUERTES, "Recuerdos y memorias de la Independencia: Los soldados británicos del General Sir John Moore en Astorga y el Reino de León (II)," *Astorica*, nº19, 2000, pp. 125 – 199.

²⁶ "From W. Warre to his father, Sobrado, between Lugo and St. Jago, January, 4, 1809," en William A. WARRE (ed.); *Letters from the Peninsula: 1808 – 1812*, Staplehurst, The Spellmount Library of Military History, 1999 *op. cit.*, pp. 32 – 33.

viveres. Hubo casos de saqueos y pillajes y se forzaron las casas para obtener leña o alimento.²⁷ Tras embarcar en medio de los bombardeos napoleónicos en la Coruña, y desembarcar en los puertos británicos, llegó el momento de explicar esos hechos.

Casi ninguno de los miembros de esa expedición conocía las condiciones de aquella área, agravado por el invierno y por las propias necesidades de supervivencia de la población. Describieron, sin embargo, cómo esos soldados no conseguían que los campesinos les vendiesen viveres tras un día de larga marcha. Entonces, y como explicó el médico militar Adam Neale, se sucedían los gritos y los golpes que, según Neale, normalmente se merecían los españoles. Escribía esas últimas palabras en la última carta de su libro, que había intentado que fuese conciliador, señalando que los incidentes fueron aislados y provocados por las circunstancias.²⁸

Por su parte, el reverendo James W. Ormsby intentó entender el comportamiento del campesinado que huía al llegar las tropas británicas, intimidado por los excesos cometidos por esos soldados.²⁹ Extrajo una serie de conclusiones sobre esa campaña para, sin llegar a justificar la actitud de los soldados, sí explicar las causas de ese comportamiento. Aunque contempló la falta de colaboración de los españoles, expuso que las condiciones miserables en que se produjo la retirada provocaron el maltrato a los habitantes, y que fue la forma de resarcirse frente a las supuestas afrentas recibidas. Pero también entendió a una población que huía ante la presencia de esas tropas, pues eran el tercer cuerpo de ejército que en pocas semanas atravesaba su territorio. A todo ello se sumaban los prejuicios religiosos por ambos lados, con las consiguientes dificultades para un buen entendimiento.

Tampoco podemos dejar de señalar la visión de un testigo directo, un médico civil voluntario llamado Henry Milburne cuyo relato, escrito en forma de carta a Castlereagh, se publicó en 1809. El texto ha sido reproducido parcialmente por Arsenio García Fuertes, quien señala que "*Milburne trata de explicar las razones de la derrota y reparte, sin acritud alguna, las responsabilidades tanto sobre los británicos como sobre los españoles, en el fracaso de la campaña.*"³⁰ Ese médico reconoció que su objetivo era contradecir algunas de las versiones que la sociedad británica estaba asumiendo, sin esconder temas como la incompreensión mutua y las diferencias entre

²⁷ James W. ORMSBY, *op. cit.*, p. 89. Sus palabras nos remiten a su paso por Saldaña.

²⁸ Adam NEALE, *Letters from Portugal and Spain; comprising an account of the operations of the armies under their Excellencies Sir Arthur Wellesley and Sir John Moore, from the landing of the troops in Mondego Bay to the battle of Corunna*. Londres, Richard Phillips, 1809, pp. 337 – 338.

²⁹ James W. ORMSBY, *op. cit.*, pp. 163 – 165.

³⁰ A. GARCÍA FUERTES, *op. cit.*, p. 134.

dos pueblos extraños, pero sin justificar tampoco las negativas de la población española y las actuaciones violentas de los soldados británicos.³¹

Este comportamiento casi hostil contrasta con la actitud de la población de la Coruña, el mejor ejemplo de la confianza que se estableció entre ambas partes, por lo que las quejas del trato dispensado por los españoles a los británicos durante su retirada quedaron temporalmente relegadas. Quienes esperaban un recibimiento gélido se encontraron con una ciudad que aportó víveres y ropa y otros víveres.³² Incluso sintieron pena por tenerla que abandonar en aquellas condiciones, y más cuando sus habitantes se habían preocupado por la defensa de su ciudad e incluso colaboraron en la batalla que se dio en sus cercanías. Las palabras que escribió Adam Neale al respecto son un buen ejemplo:

“The people here are friendlier to us than the inhabitants of the other cities of Spain which I have seen. [...] The streets are crowded with persons of both sexes, and of every age and rank, occupied in contributing to the defence of the ramparts, by mounting the guns, and distributing the shot and ammunition. Had we met with half as much zeal and goodwill in other parts of Spain, our affairs would have borne a very different aspect.”³³

Ni el ejemplo de la ciudad gallega pasó desapercibido ni la búsqueda de responsabilidades compartidas fue excepcional, como lo demuestran los casos de Milburne, Ormsby o Neale. Pero las autoridades británicas esperaban que las relaciones con la población local se relajasen en siguientes campañas, aunque esa campaña había creado un poso de desconfianza tras sentirse los británicos en muchos casos tratados como enemigos y no encontrarse con ningún tipo de colaboración.

Las escenas de unos soldados británicos forzando las casas de los granjeros para conseguir pan y vino o robando sus puertas para tener madera con qué hacer un fuego impresionaron a la opinión pública británica. Esa situación evidentemente fue conocida por los cuarteles generales británicos que intentaron evitar esas escenas, ya que para el mando británico representaban tanto el fracaso de sus sistemas de apoyo como la rotura del orden imperante en el seno de las tropas. Cuando Wellington volvió a asumir el cargo de comandante de las tropas británicas, optó por un sistema mixto, que combinaba tener sus propias líneas de aprovisionamiento, con el trabajo de sus oficiales de intendencia que buscaban los recursos necesarios en las poblaciones cercanas al paso de las tropas o en lo que podían ofrecer las autoridades españolas.

³¹ *Ibidem*, pp. 143 – 149.

³² James HALE, *Journal of James Hale, late sergeant in the ninth regiment of foot*. Londres, Philip Watkins, Longman, 1826, p. 33.

³³ Adam NEALE, *op. cit.*, p. 321

En ese sistema resultaba esencial asegurar la base portuguesa ya que desde allí se podría asegurar un envío continuado de los recursos necesarios para sus tropas.

Así, esperaba que no se reprodujeran las escenas de pillaje o de saqueo, aunque ese sistema no fue infalible. Su voluntad suponía también que las tropas españolas no entrasen y exigiesen contribuciones a las poblaciones portuguesas. Pues bien, Wellington escribió personalmente una carta al general Virués quejándose de las tropas de Carlos de España, que habían presionado las poblaciones fronterizas a pesar de que recibían suministros del comisario británico en Estremoz.³⁴

El mejorar las relaciones no fue una tarea fácil porque en la campaña de Talavera, en 1809, las suspicacias volvieron a envenenar las relaciones entre ambos aliados y no facilitaron las relaciones con la población local durante la retirada. Los militares británicos volvieron a encontrarse con unos sentimientos de indiferencia, y un trato inhospitalario por parte de sus supuestos aliados. Estas actuaciones provocaban el enfado de los soldados, que recordaban la solidaridad sociedad civil inglesa con los patriotas españoles, como lo hacía Sir George Ridout Bingham a su llegada a Badajoz en octubre de 1809:

*“At 10 o'clock we got the order to move, and marched through the wet to Badajoz, where were most inhospitably received by our good allies, the Spanish patriots; who in return for all the benefits, subscriptions, etc, conferred by England on them, would hardly open a door to shelter us from the pelting, pitiless storm.”*³⁵

Por su parte, Joseph Donaldson recogió en sus recuerdos su llegada a la ciudad de Cádiz como integrante de las tropas que estaban bajo las órdenes de sir Thomas Graham en aquella localidad sitiada. No eran las primeras tropas británicas que desembarcaban en la ciudad, pero se percató de que su llegada no provocó grandes reacciones de entusiasmo. Al contrario, la población los recibió con un silencio nada prometedor. Este sargento intentó explicar el recibimiento sombrío y no dudó en señalar la causa en las acciones de la marina británica en los años anteriores, muy negativas para una ciudad cuyo bienestar dependía del comercio marítimo.³⁶

³⁴ “From Wellington to General Virués, Cartaxo, 5th February, 1811,” en Arthur Richard WELLESLEY, (ed.); *Supplementary Despatches, Correspondence and Memoranda of Field Marshall Arthur Duke of Wellington*, K. G, Londres, John Murray, Vol. VII, 1856, pp. 56 – 57.

³⁵ “From Sir George R. Bingham to his mother, Olivenza, 16th October, 1809,” en Gareth GLOVER; George Ridout Bingham, *Wellington's lieutenant, Napoleon's gaoler: the Peninsula and St Helena diaries and letters of Sir George Ridout Bingham, 1809-21*, Barnsley, Pen and Sword, 2005, p. 58.

³⁶ Ian FLETCHER, *Recollections of the Eventful Life of a Soldier, including the war in the Peninsula and scenes and sketches in Ireland, by Joseph Donaldson, Sergeant in the Ninety-Fourth Scots Brigade*, Staplehurst, The Spellmount Library of Military History, 2000, p. 60.

Estos hechos sucedían sin que esas tropas hubiesen cometido ningún tipo de exceso, aunque socialmente había ese rumor que no facilitaba las relaciones y sí provocaba esas reacciones poco menos que hostiles. Esa situación empeoró con los dos sitios aliados que marcaron los inicios de la campaña de 1812, los sitios de Ciudad Rodrigo y Badajoz. Son dos casos muy parecidos en los que se rompió la disciplina y el orden de las tropas británicas y se produjeron escenas de pillaje y saqueos a las familias que habían resistido refugiadas en sus casas el bombardeo de sus ahora asaltantes y saqueadores.

Estas escenas que mostraban los excesos de los soldados británicos no fueron ocultadas por sus compañeros, pero siempre se presentaron como observadores y nunca como participantes de estos saqueos. Entre otros muchos militares presentes en ambos sitios, podemos escoger el ejemplo de William Grattan gracias a las descripciones bastante explícitas de esos saqueos.

El día 19 de enero de 1812 comenzaba el asalto definitivo a la fortaleza de Ciudad Rodrigo y esa misma noche, con la caída de la guarnición francesa, se generalizaron los saqueos. Grattan observó a los soldados y sus preparativos previos a los saqueos:

*"The chapels and chandler's houses were the first captured, in both of which was found a most essential ingredient in the shape of large wax candles; these the soldiers lighted, and commences their perambulations in search of plunder, and the glare of light which they threw across the faces of the men, as they carried them through the streets, displayed their countenances, which were of that cast that might well terrify the unfortunate inhabitants"*³⁷.

Toda la noche se sucedieron los asaltos, los saqueos a las casas particulares y a los negocios, quedando muy pocas casas sin ser asaltadas, sólo aquellas que encontraron la protección de oficiales británicos. Este mismo militar pudo comprobar el estado en que había quedado la localidad tras esa noche. Pudo observar los trazos que el sitio había dejado en la ciudad, pero también del saqueo, con los últimos ejemplos de pillaje, con casas aún ardiendo y muchos de los soldados británicos borrachos que a la vez eran robados por sus propios compañeros. Era, en resumen, una imagen dantesca que le impactó gravemente.³⁸

Grattan acusó a desertores de las tropas británicas de realizar estos saqueos pero tuvo que reconocer finalmente que soldados británicos participaron en el saqueo y en los que hubo en otras poblaciones cercanas. Al final también asistió a robos a soldados borrachos perpetrados por los habitantes que habían sido antes saqueados.

³⁷ W. GRATTAN, *op. cit.*, p. 158.

³⁸ *Ibidem*, p. 169.

Estas escenas se volvieron a repetir tres meses después en Badajoz, otra ciudad sitiada y asaltada. Esta vez los soldados británicos fueron acompañados de grupos de españoles y portugueses que quisieron participar del saqueo y del botín. Ese tipo de escenas continuaron el 8 de abril según las palabras de Grattan:

*“The following day, the 8th of April, was also a fearful one for the inhabitants, the soldiers became reckless, and drank to such an excess that no person’s life, no matter of what rank, or station, or sex was safe. If they entered a house that had not been emptied of all its furniture or wine, they proceeded to destroy it...”*³⁹

Todo lo saqueado era transportado fuera de las ciudades, a los campamentos de las tropas, donde se repartía el botín en medio de una gran confusión. Grattan parecía muy enfadado, pero tenemos que recordar que se trata de unas memorias escritas posteriormente, aunque fue justo y no evitó comentar este aspecto desfavorable de las tropas británicas. Igualmente, las palabras de otros de los testigos de esos saqueos, como el mayor G. Simmons, reflejan que no fue un aspecto que se evitó en los diarios personales que se llevaban. Criticaba abiertamente esas escenas que ocurrían fuera de las murallas de la ciudad, con todos los soldados y la población vecina malvendiendo parte de su botín por ropas y otros artículos.⁴⁰

El saqueo había afectado especialmente a los habitantes más pudientes de la ciudad, mientras que otros españoles participaron en el saqueo y en el posterior reparto del botín. Al día siguiente, según Grattan, continuó el intercambio y la venta de los productos saqueados con la complicidad de la población de los pueblos cercanos:

*“Early on the morning of the 9th of April a great concourse of Spaniards had already thronged our lines; the neighbouring villages poured in their quota of persons seeking to the purchasers of the booty captured by our men, and each succeeding hour increased the supply for their wants, numerous and varied as they were, and our camp presented the appearance of a vast market.”*⁴¹

Estas acciones supusieron una liberación incontrolada de la tensión acumulada en los días anteriores y la rotura de la disciplina de esas tropas. No eran unos hechos totalmente extraordinarios, aunque más que el sustento de las tropas, se buscaba el botín. Se convirtieron en acciones toleradas por el mando británico en un intento que después se facilitase la recuperación de la disciplina. Pero no era la imagen que se

³⁹ *Ibidem*, p. 210.

⁴⁰ Willoughby VERNER, (ed.); Major George Simmons; *A British Rifle Man. Journal and Correspondence during the Peninsular and the Campaign of Wellington*, Londres, Greenhill Books, 1986, p. 233.

⁴¹ W. GRATTAN, *op. cit.*, p. 215.

quería dar de los militares británicos. Así, oficiales como Simmons reflexionaron sobre ambos sitios y resumieron las acciones de algunos de sus hombres:

“These two sieges had demoralised the men very much, and coercion was necessary on many occasions (with men that had never behaved ill before), and obliged to be resorted to. The men were made to throw away a quantity of things and to prevent them secreting any of the articles, their packs were examined, and the plunder that had not been made away with was collected into heaps and burnt.”⁴²

Al final de la guerra, se produjeron otros dos momentos de saqueos protagonizados por los soldados británicos. Pero fueron de condición muy distinta, y con una relación antitética con la población local. Tras la batalla de Vitoria, estos actos se volvieron a repetir, también con complicidad española. Tras esa batalla, en la que quedaron detenidos el convoy que José I esperaba sacar de España tras el avance definitivo aliado, esos soldados, y la población local se juntó para rapiñar lo que pudo de ese cargamento sin que causase más problemas. Mientras, la capital alavesa era respetada aunque su vida quedase apagada inicialmente y sólo animada finalmente al formar parte de la estructura de la retaguardia británica.

Por otro lado, estuvo el caso de San Sebastián en el verano de 1813 al que hemos aludido anteriormente. Su fortaleza fue sitiada y capturada finalmente después que toda la ciudad fuese bombardeada duramente. Hubo casos de saqueo que afectó a la población que allí se quedó. Poco después, en Cádiz se comenzó a rumorear la intencionalidad de ese duro ataque y se acusó a los militares británicos de eliminar un puerto competidor. Fue un argumento repetido en diferentes artículos y panfletos, y aunque los militares británicos tenían su responsabilidad, el embajador Wellesley tuvo que actuar rápidamente para frenar esas acusaciones, que tildó de calumnias, y pedir una rectificación.⁴³ Ese tema, por último, se convirtió en uno de esos temas que causaron tensión entre ambos aliados y en una muestra de un sentimiento antibritánico creciente en Cádiz y en otras partes de España, y que se transformó en tema del debate político en el seno de los patriotas. Por último, Wellington se sintió ofendido por esas acusaciones y fue plenamente consciente que con ellas la prensa gaditana enrarecía aún más el estado de las relaciones entre ambos aliados.⁴⁴

⁴² Willoughby VERNER (ed.), op. cit, p. 233.

⁴³Public Record Officer, Foreign Office, 72/146: “From Sir Henry Wellesley to Lord Viscount Castlereagh, Chiclana, November 5th, 1813.”

⁴⁴ “From Wellington to the Right Hon. Sir Henry Wellesley, Vera, 16th October, 1813,” en J. GURWOOD (ed.); *The Despatches of Field Marshall The Duke of Wellington During His Various Campaigns in India, Denmark, Portugal, Spain, the Low Countries and France, from 1799 to 1818*, Londres, John Murray, Vol. XI, pp. 199 – 201.

Esos excesos tenían, a su vez, una serie de efectos, que influyeron en las reacciones de la población local hacia esos militares extranjeros, que además eran normalmente vistos como irrespetuosos con sus tradiciones sociales y religiosas por la población local. Primeramente, tenemos el ya señalado enrarecimiento de las relaciones entre ambos aliados, evidente en Cádiz, y menos perceptible en otros lugares, pero que en ningún momento dejaron de haber tensiones esas relaciones y los militares británicos llegaron a dudar de la sinceridad de algunas de sus reacciones.

En segundo lugar, la desestabilización de las rutinas cotidianas que la guerra suponía redundaba en sentimientos contrarios a la presencia británica, de rechazo a unos extraños que estaban subvirtiendo su orden, aunque el resultado final favoreciese a la población española. En algunos casos, como no hacer caso a los consejos militares que daban, los militares británicos se quejaron que los españoles se negaban a colaborar o no entendían el carácter de esa guerra. Otros casos tenían peores explicaciones. Los aldeanos de las montañas que separan Galicia de León quedaron espantados al ver a los soldados desesperados forzando sus casas y sus despensas, dando una imagen lamentable.

Esos saqueos y pillajes afectaban directamente a la vida de la población civil y producían su desmoralización. Esa población, pues, veía perder sus pertenencias en manos de un aliado, con el que después iban a tener que convivir. Esos soldados se habían extralimitado al aprovechar la ocasión para robar sus propiedades y conseguir un botín. Sólo algunos oficiales intentaron evitar algunos excesos al convertirse en protectores de algunas casas, como le sucedió a W. Grattan al encontrarse con unas mujeres que buscaban protección de sus viviendas.⁴⁵ Grattan presentaba a una población resignada, que había preferido abrir las puertas de sus casas a los oficiales que pensaban que les iban a asegurar su protección que aventurarse a que su puerta fuese derribada por algunos de los soldados cegados por el botín. Estas familias no escondieron su posterior agradecimiento a pesar de las circunstancias.

Grattan y otros observadores procuraron que en sus relatos no apareciese su participación en los saqueos, criticando a la vez esas acciones. Otros militares acusaron a los altos rangos del ejército de permitir tácitamente actos de pillaje, tardando cuatro días en restaurar el orden público, como ocurrió tras el sitio de Badajoz. Más difícil era reconocer la posibilidad de obtener un botín podía impulsar la forma de actuar valiente de esos soldados, mientras que en algunas ocasiones se trató de minimizar esos excesos, o derivando las responsabilidades a desertores o a españoles que aprovecharon el momento para lucrarse.

Esos actos valieron a los británicos una mala reputación entre los civiles que sus éxitos militares no pudieron acallar. Eran actos de desorden en un ejército

⁴⁵ W. GRATTAN, W; *op. cit.*, p. 161.

disciplinado, en el que se castigaban duramente las insubordinaciones y los crímenes.⁴⁶ Los códigos militares regulaban también las relaciones con los civiles pero quedó claro que permitían pequeñas brechas en la disciplina, que se restablecía a continuación. Se permitía así el descanso psicológico de las tropas y el refuerzo de la moral de combate. A los soldados se les toleraba que robasen, aunque los casos que excedían los límites marcados eran llevados a las cortes marciales y juzgados con severidad.

Recientemente Edward James Coss ha defendido estas ideas en su estudio sobre las experiencias de la tropa en el campo de batalla y fuera de él, al situar a los soldados como un pequeño grupo aislado de la población civil con sus propias prácticas coercitivas y códigos de conducta.⁴⁷ Podemos añadir el control estricto que se estableció sobre las tropas británicas una vez en territorio francés, ya que Wellington había aprendido del caso francés y no quería encontrarse allí con una población hostil a sus tropas. A la población española que sí sufrió actos de pillaje y de insubordinación le quedaba una impresión bien poco agradable, aunque fuesen casos aislados y los soldados los cometiesen para sobrellevar mejor sus propias penurias.

Este conjunto de circunstancias daba como resultado la impopularidad de los británicos entre la población local española, hubiese entrado directamente en contacto con ellos y con la guerra o no, como era el caso de las ciudades castellanas. Eran unos sentimientos, a veces soterrados, otra vez muy públicos, que se fueron extendiendo y que, dependiendo de los vaivenes de la guerra, se alternaron con muestras de entusiasmo hacia las tropas británicas.

Los británicos se sorprendieron por el descontento que percibían, pues creían que, excepto esos excesos, su comportamiento era correcto. Podían llegar a entender la existencia puntual de estos sentimientos en Salamanca o en otras ciudades sitiadas pero no entendían el disgusto que su presencia producía en ciudades como Alicante, donde habían impedido la entrada de los franceses. También hemos de recordar aquí el frío recibimiento que tuvieron en Cádiz algunas de las tropas desembarcadas para ayudar a la defensa de la ciudad durante el sitio francés. Aunque las relaciones mejoraron en los meses posteriores al comprobar la decisiva contribución británica, el tema americano provocó en 1811 una nueva oleada de impopularidad de los británicos que desde Cádiz se extendió por el resto del país. Con altibajos, esta antipatía se mantuvo hasta el final de la guerra, reactivada por las acusaciones que provocó el comportamiento de sus tropas en los sitios de las campañas de 1812 y 1813.

⁴⁶ Martin HOWARD, *Wellington's Doctors. The British Army medical Services in the Napoleonic Wars*, The Spellmount Library of Military History, Staplehurst, 2002, pp. 211 - 214.

⁴⁷ Edward James COSS, *All for the King's shilling: an analysis of the campaign and combat experiences of the British Soldier in the Peninsular War, 1808-1814*, PHD In History, Ohio State University, 2005, <http://www.ohiolink.edu/etd/view.cgi?acc%5Fnum=osu1117204657>, fecha de acceso: 19 /12/ 2007, pp. 18 – 28.

5. CONCLUSIONES

El fin de la experiencia peninsular cerraba unos años de intensa relación entre españoles y británicos, y dio paso a unos años de enfriamiento, hasta de alejamiento, en esa relación. Fueron justamente en esos años en los que se comenzó a asumir todo lo allí vivido y su particular relación con la población local.

En esos momentos, se percibió que había en la sociedad británica un mayor conocimiento de España, de su realidad, del carácter de los españoles, aunque era necesario extender y consolidar ese conocimiento a todas las capas sociales. Pero la imagen de España que habían tenido era la realidad de un país que se había visto alterada por una circunstancia extraordinaria, la guerra, que influyó en los modos de percibir e interpretar el carácter de los españoles. Esta población buscó su equilibrio personal y colectivo entre esa situación excepcional y sus modos tradicionales de vida. En resumen, a pesar que esa población ansiaba mantener su cotidianidad, esa voluntad se veía alterada por sus propias adaptaciones a ese momento extraordinario.

Esa situación supone todo un proceso de interiorización de la guerra en el cual la presencia de esas tropas extranjeras pero aliadas era una pieza más del conjunto. Las relaciones que establecieron se vieron mediatizadas por las consecuencias directas de la guerra y por sus efectos indirectos, tanto por los pillajes y destrucciones como por los simples rumores que llegaban a comunidades alejadas de los frentes. En palabras de Maria Gemma Rubí i Casals, *“para la mayoría de la población, la guerra significó una constante inseguridad debido al truncamiento de la rutina diaria y a los sobresaltos producidos por la circulación de tropas.”*⁴⁸

No fueron unas relaciones fáciles, aunque sí quizás menos fluidas de lo que esperaban, pero sí prolongadas en el tiempo. En los momentos de los recibimientos entusiastas y de una colaboración sincera de las autoridades locales, las opiniones fueron francamente favorables. Pero esas opiniones se truncaron con demasiada facilidad. La guerra se encargó que aparecieran las fricciones, con recibimientos fríos, desconfianzas, negativas a colaborar y, por supuesto, los efectos de las acciones bélicas británicas que rompían el quehacer cotidiano de esa población. Y por descontado, los excesos de los británicos dificultaron aún más esas relaciones, aunque sin reconocer directamente su responsabilidad, intentaron limitar sus propios efectos con el control de las acciones de sus soldados.

Los británicos, además, siempre esperaron que en todo momento su llegada a una ciudad o territorio determinado, su presencia fuese bien recibida y con unas

⁴⁸ Maria Gemma RUBÍ I CASALS, “La supervivencia cotidiana durante la Guerra de la Independencia,” en Antonio MOLINER PRADA (ed.); *La Guerra de la Independencia en España*, Alella, Barcelona, Ediciones Nubla, 2007, p. 302.

autoridades locales dispuestas a colaborar y a proporcionar todo los recursos que necesitaban. No siempre encontraron con esas reacciones. Los británicos no acabaron de entender el perjuicio que suponía para la población local la presencia de esas tropas con esas demandas en unos momentos de crisis agrícola que las nuevas roturaciones de tierras concejiles y de paralización comercial provocada por la guerra.

Ese panorama se complicaba más en aquellas áreas que vieron continuamente el paso de tropas, tanto aliadas como españolas o napoleónicas, que querían obligatoriamente que sus necesidades fuesen cumplidas y que además esa población local también tuvo que suplir las exigencias de las partidas y bandas. Esas razones explican, por lo tanto, que a pesar de excepciones, como en Madrid en 1812 o en el caso aún más excepcional de La Coruña en 1809, las tropas británicas no siempre fuesen bien recibidas por el perjuicio que podrían suponer al sustento y supervivencias de esas comunidades locales.

Justamente el tema de los excesos cometidos por los propios militares británicos fue la situación que más provocó que ante unos extraños, pero aliados, la población local reaccionase, a veces, de forma fría y distante. En aquellos momentos en que estos excesos no se produjeron, en que funcionaba tanto el sistema de suministro local como las líneas de aprovisionamiento portuguesas, y cuando la guerra les era favorable, entonces sí podían encontrar una población agradecida y entusiasta, como el ya comentado recibimiento de Madrid de agosto de 1812.

Por el contrario, cuando se vivieron esos excesos, esas actitudes provocaron malentendidos y que los británicos señalasen la falta de gratitud hacia sus esfuerzos y un reconocimiento más explícito de los mismos por parte de la población española, y en contraste con el caso portugués. Esta falta de reconocimiento les molestó mucho, porque habían permanecido en España muy a pesar suyo y de todos los problemas habidos en las diferentes campañas. Un enfado al que también contribuían otras consideraciones derivadas del orgullo y desconfianza de sus supuestos aliados. Muchos autores coincidieron en que los celos que caracterizaban a los españoles se habían trasladado a las relaciones entre ambos aliados.⁴⁹ Y esos celos habían provocado ese carácter desagradecido e intrigante en la población local hacia los soldados británicos y las desconfianzas aumentaron tras conocerse las escenas de los saqueos tras los sitios de Ciudad Rodrigo y Badajoz o la indignación que provocó en 1813 el asalto a San Sebastián y sus consecuencias.

Este carácter intrigante de los españoles incomodó a los británicos, por ejemplo, a los soldados británicos que participaron en la defensa del sitio de Cádiz, porque se convirtieron ellos ahora en el objeto de sus insinuaciones y rumores, como

⁴⁹ Sir George LARPENT, *The Private Journal of Francis Seymour Larpent, Judge-Advocate General of the British Forces in the Peninsula, attached to the head-quarters of Lord Wellington during the peninsular War from 1812 to its close*, Richard Bentley, 1853, Vol. II, pp. 127 – 128.

si el ambiente palaciego se reprodujese a pequeña escala en todas las ciudades españolas. Las intrigas cobraron más relieve por el eco de la prensa y la publicística que se había desarrollado en el contexto de la guerra. Desde la aprobación del decreto de libertad de imprenta, hubo una profusión de diarios, sermones, panfletos y otros tipos de publicaciones que llegaron a toda la sociedad, fuese letrada o analfabeta.

En conclusión, al haber prestado atención a la visión de estos militares británicos sobre sus relaciones con la población local española, hemos comprobado como fue el primer paso en su percepción de la particular y compleja realidad del país, y en la construcción de su imagen personal del mismo. Esa población local les percibió como un elemento perturbador en su doble condición de extraños y extranjeros y eso llenó de desconfianzas sus relaciones.

Todos estos aspectos confluyeron en un mayor conocimiento de la realidad española, que esos militares se llevaron a sus casas, y estaban o habían estado reproduciendo oralmente o por escrito ante sus interlocutores varios, ya fuesen familiares, amigos o potenciales lectores. Incluso, podemos señalar el caso de las memorias, escritas con la suficiente distancia temporal para que los recuerdos propios pueden verse influidos por las opiniones de otros, pero que en ellas esa distancia temporal pudo hacer reflexionar sobre la guerra como causa de estas relaciones tan cambiantes. Era, por último, un tratamiento radicalmente distinto porque ya no se heredaban visiones anteriores, sino había tal cantidad de visiones en la sociedad para determinar si los españoles eran de un u otro determinado modo, lo que redundó además en el cambio de imagen de ese país en Gran Bretaña.